

## BAÚL DE LA CIENCIA

### El raro oso cantábrico

Francisco J. Purroy

Algo más del centenar de ejemplares, con menos de una veintena en el núcleo oriental (Redes, Picos de Europa, Fuentes Carrionas y La Liébana), hacen del oso pardo cantábrico una especie críticamente amenazada. Enormes dominios vitales, gran movilidad y vida frugal, condicionada por la montanera de robles, hayas y castaños, caracterizan los hábitos del plantígrado. Disparos furtivos, lazos y veneno provocan una mortalidad no natural funesta. Los estudios de la Universidad de León, con el radiomarcaje de Salsero en Riaño, desvelaron aspectos inéditos de historia natural.

El oso cantábrico (*Ursus arctos*) está catalogado como especie críticamente amenazada, debido a su mínimo tamaño poblacional: un núcleo occidental, centrado en Somiedo, Degaña y el Alto Sil, de un centenar de ejemplares, y otro relicto, de una veintena de individuos, habitante de los montes de la Liébana, Picos de Europa, Riaño y Fuentes Carrionas. Los planes de recuperación, realizados por las Comunidades Autónomas en sus territorios y por el Ministerio de Medio Ambiente en el Parque Nacional de los Picos de Europa, desde hace veinte años intentan mejorar su situación alarmante.

El 19 de octubre de 1999, la Comisión Nacional de Protección de la Naturaleza aprueba la estrategia para la conservación de este carnívoro amenazado. Sus líneas básicas contemplan: a) conservación de la especie (eliminación de la muerte de osos causada por personas, conservación del núcleo oriental y estudio de la viabilidad de un programa de conservación ex situ); b) manejo de los hábitat (restauración de tipos de hábitat y comunicación entre núcleos reproductores); c) investigación aplicada a la gestión (establecimiento de métodos tipo de seguimiento poblacional); d) educación y conciencia pública; e) participación pública; y, f) desarrollo rural, medida aplicable mediante Fondos Estructurales en el marco del Reglamento CE 1257/1999, con acciones de ganadería extensiva, mantenimiento de pastos de altura y plantación de terrenos con Fagáceas nativas, entre otras.

Una constatación interesante es comparar la conducta hacia el hombre del oso cantábrico y su congénere norteamericano el grizzly, subespecie (*Ursus arctos horribilis*) de mayor tamaño, pelaje canoso y garras largas y blanquecinas, no oscuras y

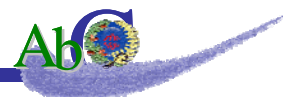
curvadas como las de nuestros osos, más arborícola, evolucionada en ambientes abiertos del límite de la taiga y la tundra. El oso pardo de la Cordillera Cantábrica lleva al menos una coevolución con el hombre pastor desde el Mesolítico, cinco milenios antes de la edad actual, y el grado de persecución que ha sufrido ha motivado la selección de animales retraídos, tímidos, no agresivos y cuidadosos en no enfrentarse al hombre del campo. En América del Norte, los amerindios consideraban al oso como animal sagrado, bípedo del que descendía nuestra estirpe. Al llegar los colonizadores, hace tres siglos, el oso grizzly sigue conservando su agresividad natural, sin adaptación a los nuevos usos, y continúa como animal salvaje, capaz de atacar a la persona que le molesta por acercarse demasiado, con una media de tres bajas fatales al año de hombres atacados por esta raza corpulenta. Tanto los pescadores de salmónidos como los campistas y excursionistas deben estar atentos a no interrumpir en la vecindad de un grizzly, en especial una hembra con sus crías. Recomendaciones de pasear dando voces o llevando cascabeles en el bajo del pantalón, o de salir pitando cuando pescas salmones si un grizzly aparece en la orilla, son habituales en las áreas oseras de Canadá y Estados Unidos.

En nuestra Facultad hemos colaborado a desvelar misterios de la historia natural de este escondidizo mamífero, mediante el programa de radiomarcaje que realizamos en colaboración con la Universidad de Tennessee, bajo la tutela de Tony Clevenger. Durante cuatro años seguimos los avatares de Salsero (**Fig.1**), un viejo macho capturado y liberado con emisor en la campa de La Salsa del bosque de Hormas, en Riaño.

La información obtenida permitió conocer el enorme dominio vital de un oso cantábrico, en este caso de 2.200 kilómetros cuadrados, casi la totalidad de la extensión de 2.500 kilómetros cuadrados ocupada en el núcleo oriental, detalle que asemeja a estos plantígrados con los residentes en ambientes pobres de taiga, en Siberia. Tal hecho se debe a la escasa calidad del hábitat, nada casual en una Montaña Cantábrica



*Fig.1. Salsero con el collar emisor en una linde del hayedo del valle de Susiella.*



cuyos bosques solo suponen la tercera parte del paisaje, con el resto ocupado por matorrales, pastizales y peñas.

Si a esto unimos la irregularidad de oferta alimentaria, el oso se ve en la obligación de moverse constantemente en busca de comida, sexo y refugio. Su vida es un milagro de frugalidad y dureza.

Las rutinas estacionales de comer se inician a finales de febrero cuando salen de la hibernación en los osiles. En primavera temprana dependen del pasto verde, recién brotado, que nace en las solanas del piornal y calveros de los robles, eso sí en terrenos con poca presencia de competidores herbívoros, sean ciervos, corzos, caballos o vacas.

En mayo, una vez que las gramíneas se enleñan, las plantas apetitosas son las Umbelíferas que forman los corredores de megaforbias en las orillas de arroyos y vallejitas húmedas, con especies como el pie de oso y otras que se parecen al perejil y al apio. Los excrementos, en vez del olor fétido de las boñigas del ganado, fruto de la fermentación gástrica o cecal, exhalan un aroma a mermelada y heno fresco y se reconocen por los fragmentos vegetales gruesos, sin la trituración típica de las reses domésticas. Llega el verano y, además de voltear piedras en busca de insectos y roedores, las frutas carnosas son la golosina perseguida, en junio las cerezas, en julio el carrasquillo y, en agosto, los arándanos y moras. A partir de septiembre es la montanera la clave del engorde previo a encuevar en la osera. Avellanas, bellotas, hayucos y castañas atraen al plantígrado, y en caso de penuria por la clásica vecería del arbolado de Quercíneas, son los frutos del rosál silvestre y de la manzana borde los engullidos.

En todo momento el oso cantábrico carroñea, a veces desenterrando cadáveres de ganado vacuno y equino enterrados por los pastores bajo piedras y ramaje. La persecución inmemorial ha motivado que la depredación del oso sea mínima, casi inexistente, por lo que no goza de la animadversión que provoca el lobo, azote de los rebaños en pastoreo libre. Es más, hay una opinión rural que clasifica a los osos cantábricos en dos estirpes: los mieleros y los hormigueros, según sus preferencias por colmenas u hormigas rojas. Por ello, los colmenares siempre han estado defendidos por cortines, círculos de paredes de piedra seca que impiden la entrada del animal a los panales.

Un momento delicado es el del apareamiento, entre mayo y agosto. Las hembras alcanzan la madurez transcurridos cinco o seis años de vida, y entran en celo cada dos o tres años y sólo en un lapso corto, de alrededor de una semana. Tal tesitura incita a los

machos a tremendas caminatas en busca de novia receptiva, como comprobamos con Salsero cuando, en una noche, se marchó desde los pinares de Riocamba, entre el Valderaduey y el Cea, cerca de Almanza, hasta los montes palentinos de Lores y Lebanza, en el alto Pisuerga, tras rodear las minas de carbón de Guardo y Velilla del Río Carrión mientras los perros de los chamizos ladraban amedrentados. Un recorrido en línea recta de unos 76 kilómetros, demostrativo de que el amor ursino cuesta feroz empeño.

A los pocos días, en Llánaves de la Reina, donde ahora quieren hacer la megaestación de esquí alpino de San Glorio, le vimos copular con una osa fina y rojiza, tras brutal pelea con otro macho, al que conocíamos con el nombre de Rubio, por su pelaje dorado.

Unos meses más tarde, en Brañosera (Palencia), Rubio terminó tiroteado y muerto por un cazador en una montería de jabalíes, teóricamente por haber disparado en defensa propia. Me llevé un disgusto terrible cuando fui al vertedero del pueblo a recoger el cadáver del oso, ya sin cráneo ni piel, en un revoltillo de basura, somieres desvencijados y cachivaches. La contemplación del cuerpo sanguinolento de aquel macho magnífico, cosido a postazos, fue uno de los momentos más penosos que he vivido en la Montaña Cantábrica.

Este rasgo de incivismo, de incultura, el de la muerte de osos por desaprensivos, sigue siendo un factor de amenaza muy preocupante. Por ejemplo, en el período entre 1980 y 1994, se conocieron 54 casos de osos muertos por causas antrópicas, de ellos la mitad por disparos de cazadores furtivos, otro 28% por muerte en lazos de acero y otro 8% por venenos. En este último caso, es común que el veneno ilegal se coloque en carroñas para acabar con lobos y zorros, pero el que cae frecuentemente es el plantígrado, buen rebuscador de carne muerta.

En el análisis de selección de hábitat que hemos hecho con los osos del núcleo oriental, sus preferencias van hacia el bosque frondoso de hayas y robles, a altitud moderada de 1.200 a 1.300 metros en bajos de ladera, siempre en zonas tranquilas distantes de pueblos y carreteras, habitualmente a más de 4,5 kilómetros de la aldea más cercana y a más de 3,9 kilómetros del vial más próximo. Solo el 1,2% del areal del núcleo oriental corresponde a zonas de hábitat óptimo de monte caducifolio a moderada altitud bien distante de asentamientos humanos y de la red viaria, detalle que explica los rasgos de elevada movilidad y extensos dominios vitales del oso pardo cantábrico.

Hay un momento de optimismo por lo que supone un oso como estandarte de calidad del ambiente montano, atractor de turismo de naturaleza y de ayudas agroambientales a la población rural. El oso Yogui es ahora el símbolo del Principado de Asturias en sus campañas de promoción de turismo, ya que el plantígrado yanqui ha preferido no sólo venir a residir en montes más abrigados que los de Yellowstone, sino que se ha cansado de las hamburguesas, los perritos calientes y el ketchup y se ha pasado a la fabada, a las almejas, la sidrita y el arroz con leche. En el Parque Natural de Somiedo, pueblos como Pola de Somiedo y Villar de Vildas mantienen un crecimiento de servicios y visitantes por hallarse en el corazón de una zona osera con oferta de paisaje montaños de alta calidad.

Eso sí, el visitante debe hacerse a la idea de que las zonas más querenciosas, las áreas críticas por su significado de refugio y lugar de alimentación, mantienen normas de acceso restringidas excepto a los usuarios locales que llevan su ganado o recogen leña.

Deben cambiar su idea de intentar ver directamente a un oso y conformarse con detalles más sutiles: la contemplación de su huella plantígrada en un sendero, la localización de un árbol descortezado para alimentarse con la savia dulce del cambium, el hallazgo de un mechón de pelos que se retuercen sin la rigidez de las crines en una alambrada y sentir el hálito libre de unas hojas de haya rojizas por el otoño que se agitan al aire del norte.

La extinción del oso pardo en los Pirineos y en la Montaña Cantábrica sería una noticia nefasta para las cordilleras frescas del norte ibérico, pero con un enfoque mundial, el oso pardo está muy lejos de una situación crítica. En América del Norte los grizzly y kodiak (subespecies *horribilis* y *middendorfi*) habitan desde Alaska hasta Yellowstone con efectivos estimados en unos 68.000 ejemplares. El oso pardo euroasiático (raza *arctos*) ocupa continuamente el bosque boreal desde Escandinavia a Kamchatka y sus poblaciones meridionales más relictas alcanzan las montañas de la India (Cachemira) y los desiertos fríos de los altiplanos del Tibet. Unos 120.000 osos pardos pueblan Eurasia, con 44.000 de ellos afincados en Europa: 33.000 en Rusia, al oeste de los Urales, 6.000 en Rumanía y 2.000 en Serbia, Bosnia y Croacia.

La gestión actual es pésima para el oso cantábrico, al menos en la afección negativa de pérdida de calidad del hábitat, motivada por nuevos viales forestales para favorecer la caza mayor de tipo cómodo, con acceso en vehículos a las zonas altas

donde se hallan los roquedos con rebecos, los mejores corzos y los puntos de berrea del ciervo.

Esperemos que la vitalidad de la especie, a pesar de su típica baja reproducción, apoyada en una larga vida, pues un plantígrado puede llegar a los 30 años de edad, rinda el resultado de seguir contando con su presencia recoleta en los valles más solitarios y bravíos de la Cordillera Cantábrica. ¡Larga vida, amigo oso, Señor de la Montaña!



*Francisco J. Purroy es Catedrático de Zoología del Departamento de Biodiversidad y Gestión Ambiental, investiga la conservación de vertebrados amenazados. Premio de conservación Francisco Bernis, concedido por SEO/BirdLife en 2006. Militancia ecologista llevada con aguante a pesar de su apodo de Talibán de la Naturaleza.*